



PADRE
ANDREA D'ASCANIO
OFM CAP

ABRAHAM
Y LA "JUSTICIA" DE
DIOS

ABRAHAM Y LA "JUSTICIA" DE DIOS

por Padre Andrea D'Ascanio ofm cap

Titulo original:

"Abramo, Lot e l'Amore del Padre"

Colección de meditaciones extraídas de la revista "Dios es el Padre"

Este libro se acabó de imprimir 19 aprile 1998

Dia de la Divina Misericordia

© Associazione Dio è Padre Casa Pater

c.p. 135 67100 L'Aquila Italia

www.armatabianca.org

avemaria@armatabianca.org

PONTIFICIA UNIVERSITÀ GREGORIANA
 00187 ROMA - PIAZZA DELLA PILOTTA, 4
 Telef. 67011 - Telegr. FUGI - 00187 ROMA

*Non vedo nessuno ostacolo dottrinale
 per la pubblicazione degli scritti
 sul Padre, redatti dal Padre Andrea
 D'Ascanio.*

21 Settembre 2000

J. Galot '13

ABRAHAM Y LA “JUSTICIA” DE DIOS

SODOMA Y GOMORRA

Entre las páginas más terribles que la Escritura nos presenta como ejemplo de la justicia castigadora de Dios, amerita uno de los primeros lugares la destrucción de Sodoma y Gomorra con la tremenda lluvia de fuego. Pero ¿este caso es para hablar de “justicia castigadora”?

En realidad, si sabemos leerlo con el corazón limpio, estas páginas encierran el verdadero rostro de la Misericordia, toda la ternura vigilante y cuidadosa del Padre del cielo que “*baja*” entre sus hijos depravados en el intento de salvarlos.

Leámoslo juntos, encuadrando la realidad del mal en aquellas ciudades, el “*clamor*” que de ellos se eleva, la acción de Dios, la respuesta de los hombres.

La realidad del mal en Sodoma

“Los dos ángeles llegaron a Sodoma por la tarde. Lot estaba sentado a la puerta de Sodoma.

Al verlos, Lot se levantó a su encuentro y, postrándose rostro en tierra, dijo: “Os ruego, señores que vengáis a la casa de este servidor vuestro. Pasáis la noche...”. Pero tanto porfió con ellos, que al fin se hospedaron en su casa. (...) No bien se habían acostado, cuando los hombres de la ciudad, los sodomitas, rodearon la casa desde el mozo hasta el viejo, todo el pueblo sin excepción. Llamaron a voces a Lot y le dijeron: “¿Dónde están los hombres que han venido adonde ti esta noche?” Sácalos para que abusemos de ellos.””
(Gen 19, 1-5)

El mal en Sodoma existía y era grande. Aquello que la escritura nos presenta es un caso excepcional de depravación colectiva que envuelve a toda una ciudad, “*jóvenes y viejos*”. Estamos en el paroxismo de una situación inmoral que se vuelve peligrosa también para los otros.

El mal en Sodoma existía y era grande, pero no es caso para escandalizarse y hacer duros comentarios sobre nuestros hermanos de aquel período: el SIDA que está mortificando hoy a la humanidad entera, la organizada distribución de droga, la cantidad de injusticias sociales, la vulgaridad de los espectáculos y

de la imprenta, y tantas cosas malas que nos sugieren no hacer ningún juicio. Nos recuerdan en cambio, que el hombre, el pobre hombre, tanto ayer como hoy es infiel a sí mismo y a su propia dignidad, así como Dios es fiel a Su Amor y a Su Misericordia.

El mal en Sodoma existe: es un tumor que si no se quita o se cura, se extenderá inevitablemente; ha contaminado ya a Gomorra y a las otras ciudades vecinas. El Padre que cuida a todos los hombres, debe intervenir cuando se han superado los niveles de precaución, precisamente por el Amor que Él tiene por sus hijos. El tumor que ha penetrado a fondo en Sodoma puede ser removido quirúrgicamente, de forma radical; pero el Padre, que es dulzura infinita, busca siempre evitar las curas traumáticas: si recurre a sistemas drásticos, será porque los hijos no Le han dado la posibilidad de adoptar otra solución, como veremos.

El “clamor” contra Sodoma

“El clamor de Sodoma y de Gomorra es grande; y su pecado gravísimo.” (Gen 18,20)

¿De qué clamor se trata? ¿Y quien lo eleva?

Ciertamente no es un clamor que implora perdón o que pida la intervención de Dios en la necesidad,

como otras veces ha sucedido en la Escritura. No es un clamor que parte del corazón contrito del que ha reconocido su pecado: los hombres de Sodoma están en una profunda niebla de espíritu y están muy lejos de reconocer el propio pecado. Basta notar como responden al pobre Lot que sale a su encuentro en el intento de hacerlos desistir de su propósito del mal, ofreciéndoles sus dos hijas a su sucia lujuria para salvar a sus huéspedes, que eran considerados sagrados e inviolables, más que cualquier otro valor:

“Por favor, hermanos, no hagáis esta maldad.” les dijo Lot. “ ¡Venga ya!- ellos respondieron- “Ahora te trataremos a ti peor que a ellos.” (Gen 19,7ss.)

El “clamor” que fuerza a Dios a intervenir y desafortunadamente un clamor contra Sodoma, es un grito de condena lanzado por el “acusador” que espera el nihil obstat de Dios para golpear a aquellos hijos que él ha seducido e inducido al mal:

“Después me mostró al sumo sacerdote Josué, que estaba ante el ángel de Yahvé; a su derecha estaba el Satán para acusarle.” (Zac 3, 1)

“... ha sido arrojado el acusador de nuestros

hermanos , el que los acusaba día y noche delante de nuestro Dios.” (Ap 12, 10)

Satanás sabe que tiene derecho a destruir las presas que incautamente – pero libremente- se han dejado enredar por él.

El Padre no puede no tomar en cuenta esta acusación que sabe que es verdadera y decide bajar en medio de sus hijos para intentar un rescate extremo.

La acción de Dios

“Así que voy a bajar personalmente, a ver si lo que han hecho responde en todo al clamor que ha llegado hasta mí, y si no, he de saberlo.”

(Gen 18, 21)

Da ternura este Padre que finge no saber lo que está sucediendo en su familia de la tierra, y que “*baja*” – como lo hizo en el paraíso terrestre después del pecado de Adán y Eva (Gen 3,8) – no para saber si sus hijos verdaderamente han cometido el mal (¡lo sabe perfectamente!) sino para buscar salvarlos de las graves consecuencias de sus pecados. Él debe intervenir porque “*el clamor es muy grande*” y no puede

continuar pacientemente *pazientare* como hace siempre delante de nuestros errores.

Su intervención quiere ser de misericordiosa porque Él es Padre de misericordia, pero para poder realizar Su proyecto de salvación después de la confrontación con estos hijos ahogados en el mal, el Padre tiene necesidad de alguno que en la tierra, le de un gancho jurídico , haciéndose intermediario e intercediendo por todos.

No puede buscar tal aliado entre los sodomitas, hasta ahora sordos y ciegos a cada reclamo del espíritu, y entonces encuentra a Abrahán,- el único justo sobre la tierra con el cual puede iniciar un diálogo- y le deja ver la situación, comunicándole a la vez toda Su compasión por aquellos hijos depravados. Abrahán percibe los latidos del corazón del Padre y se siente inclinado a intervenir.

Mientras los dos ángeles en vestidos humanos van hacia Sodoma para ejecutar la sentencia, inicia el diálogo entre Dios y Abrahán, una obra maestra del Espíritu Santo que quiere hacer entender cuál es el verdadero rostro de Dios: Padre que no se complace en la muerte del pecador, sino que quiere que se convierta y viva; Padre que nos ama más allá de nuestra falta de amor; Padre que nos ama aunque no tengamos más Su

Espíritu y hayamos deformado en nosotros Su imagen divina; Padre que no quiere dejar ahogar al hombre en el pantano de su pecado, sino que quiere soltarlo en el océano de su Misericordia “que es más potente que el mal y que el pecado” (Dives in Mis. VIII, 15) que da a sus hijos (que se da) también y sobre todo cuando éstos se han vuelto miseria extrema tanto moral como física.

Leamos juntos este diálogo que debiera ser la base de cada una de nuestras oraciones:

“Partieron de allí aquellos individuos camino de Sodoma, en tanto que Abrahán le abordó y le dijo: “¿Así que vas a borrar al justo con el malvado? Tal vez haya cincuenta justos en la ciudad. ¿Vas a borrarlos sin perdonar a aquel lugar por los cincuenta justos que hubiere dentro? Tú no puedes hacer tal cosa: dejar morir al justo con el malvado, y que corran parejas el uno con el otro. Tú no puedes. ¿Va a fallar una injusticia el juez de toda la tierra?” Replicó Yahvé: “Si encuentro en la ciudad de Sodoma a cincuenta justos perdonaré a todo el lugar por amor de aquellos” (Gen 18, 22-26)

Abrahán ha tentado el terreno, ha visto que su Señor está dispuesto a una negociación, y retoma el diálogo con un nuevo cometido:

“Replicó Abrahán: “ ¡Mira que soy atrevido de interpelar a mi Señor, yo que soy polvo y ceniza! Supón que los cincuenta justos fallen por cinco. ¿Destruirías por los cinco a toda la ciudad?” Replicó: “No la destruiré, si encuentro allí a cuarenta y cinco.” Insistió todavía: “Supón que se encuentran allí cuarenta.” Respondió: “Tampoco lo haría, en atención de esos cuarenta.”

(Gen. 18, 27-29)

Abrahán se alegra: su Señor es más conciliador de lo que esperaba; pero él no ha entendido que es su Señor mismo el que le sugiere no interrumpir las negociaciones, porque es precisamente Él quien ha suscitado el deseo de salvar Sodoma.

Abrahán inicia el último ataque:

“Insistió: “No se enfade mi Señor si le digo que tal vez se encuentren allí treinta.” Respondió: “No lo haré si encuentro allí a esos treinta.” Volvió a decirle: “¡Cuidado que soy atrevido de interpelar a mi Señor! ¿Y si se hallaran allí

veinte?” Respondió: “Tampoco los destruiría en atención a los veinte.” Insistió. “Vaya, no se enfade mi Señor, que ya sólo hablaré esta vez: ¿Y si se encuentran allí diez?” Replicó: “Tampoco los destruiría, en atención a los diez.”

(Gen 18, 30-32).

Regateando la misericordia, Abrahán no osa descender debajo de diez justos. Él no ha conocido profundamente el Corazón de su Señor y ha puesto un límite a Su acción salvífica. No conocía aquello que el Señor dirá a Jeremías:

*“Recorred las calles de Jerusalén,
mirad bien enteraos;
buscad por sus plazas,
a ver si topáis con alguno
que practique la justicia,
que busque la verdad, y yo la perdonaría.*

(Jer 5, 1)

Pero no podemos reprochar a Abrahán esta falta de confianza en el Amor de Dios, cuando Pedro, que veía continuamente en acción la Misericordia encarnada, juzgaba casi absurdo el perdonar más de siete veces (Mt 18, 22); y Santiago y Juan pedían “fuego del

cielo” (Lc 9, 54) para destruir a los samaritanos que no habían acogido a Jesús.

Es difícil para nosotros los hombres identificarse en Dios que es Amor puro: es más fácil hacerse un Dios a nuestra imagen y semejanza y reclamar el poder de venganza y de destrucción que no conocemos y no queremos conocer.

Es un hecho que Abrahán trunca el diálogo con su Señor que – ya no solicitado por la creatura- no puede hacer surgir in extremis la Misericordia:

“Partió Yahvé así que hubo acabado de conversar con Abrahán, y éste se volvió a su lugar.”

(Gen. 18,33)

No había diez justos, Abrahán deja de interceder ante su Señor y “se fue”.

Se aleja la Misericordia que el hombre no ha sabido invocar, avanza la Justicia que el hombre ha merecido con su pecado:

“Entonces Yahvé hizo llover sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego”

(Gen 19, 24)

Resumiendo y concluyendo

La intervención extraordinaria de Dios (“*Así que voy a bajar personalmente, a ver...*”) surge cuando el mal llega a la culminación y es humanamente irreversible. Tal voluntad de “*bajar personalmente a ver*” no es motivada por la Justicia que quiere emitir una sentencia de condena, sino del Amor que busca salvar a sus hijos con el perdón, con un acto de Misericordia total que supera el mal cometido por ellos. Para hacer entrar en acción la Misericordia, el Padre tiene necesidad de alguien en la tierra, que interceda por sus hermanos embrutecidos justificando así Su intervención de Amor. Dios viene a la tierra para engancharse con Abrahán en un “*combate cara a cara*” (Gen 32); un combate que Él quiere perder para hacer triunfar la Misericordia, pero que desafortunadamente pierde Abrahán porque ha puesto un límite al Amor del Padre.

Si Abrahán hubiera apretado más el “precio” – ¡que él mismo había establecido! – y hubiera dicho: “Por mi, por amor a mi que te amo, salva Sodoma y Gomorra!”, Dios habría tenido el soporte jurídico que había venido a buscar a la tierra para bloquear la intervención de justicia pedido por el “*acusador*” del

ministerio público de este juicio perenne en el que estamos subordinados delante del trono de Dios.

“*Por amor de Abrahán que lo amaba*” el Padre hubiera hecho entrar en acción su Misericordia: no hubiera habido la sentencia de muerte con “*azufre y fuego*”, sino una sentencia de Vida con una lluvia de Espíritu Santo – ¡el Fuego de Dios! – que hubiera penetrado los espíritus de los sodomitas haciéndoles tomar conciencia del mal cometido y operando en ellos una conversión radical. El tumor ya estaba, y era necesario eliminarlo, pero hubiera sido curado desde la raíz y no extirpado violentamente.

EL MAL HOY

Hoy el mal en el mundo es mayor (no entiendo si se refiere a que lleva más tiempo) a aquel del tiempo de Sodoma y Gomorra. Hoy, de nueva cuenta, Dios está bajando a la tierra “*con potencia*” (Mt 24, 30). La potencia es el atributo del Padre que viene a llevar a término la redención: el “mal” debe desaparecer de la faz de la tierra (Ap 12, 10; 20, 3). El “mal” desaparecerá. ¿Pero cómo?

¿Con una tremenda purificación destructiva en nombre de la Justicia castigadora o con un acto de

Misericordia que abraza y absuelve todo y a todos? Dios es siempre fiel a Su Amor y por eso desea el triunfo de la Misericordia, como tantos signos lo demuestran: basta pensar en el Mensaje de misericordia que han dado a la Iglesia de hoy Sor Faustina Kowalska y Madre Esperanza; basta meditar sobre la Dives in Misericordia que Juan Pablo II nos ha dado.

Está en nosotros abrir o cerrar el corazón de la Misericordia que se nos ofrece. Recordando siempre que nuestro Dios es un Papá que *“donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia”* (Rom 5, 20) y que *“yo no me complazco en la muerte del malvado, sino que el malvado se convierta de su conducta y viva.”* (Ez 33, 11)

Busquemos no repetir el error, si error se puede llamar, de Abrahán y hoy más que nunca, respondamos al *“clamor”* del *“acusador”* uniendo nuestra voz a aquella del Santo Padre Juan Pablo II.

“...en un grito que implore la misericordia en conformidad con las necesidades del hombre en el mundo contemporáneo. Que este grito condense toda la verdad sobre la misericordia, que ha hallado tan rica expresión en la Sagrada Escritura y en la Tradición, así como en la auténtica vida de fe de tantas generaciones del Pueblo de Dios. Con

tal grito nos volvemos, como todos los escritores sagrados, al Dios que no puede despreciar nada de lo que ha creado, 136 al Dios que es fiel a sí mismo, a su paternidad y a su amor.”

(Dives in Misericordia”, VIII, 1)

LOT Y EL AMOR DEL PADRE

Dios es Padre

Dios es mi Padre

Dios es nuestro Padre.

*Dios no quiere la muerte del pecador,
sino que se convierta viva.*

Dios me ama más de cuanto yo me amo.

Dios quiere salvarme

más de cuanto yo deseo ser salvado.

Dios no es mi juez,

sino mi abogado defensor.

*Dios obra siempre, de todas formas,
para mi salvación.*

Dios está siempre de mi parte.

*Dios está cansado de vernos sufrir
y viene a liberarnos.*

Porque Dios es mi Papá.

Cuando Madre Eugenia me dice que vuelva a leer con ojos nuevos toda la Escritura, para descubrir la infinita ternura del Padre, me quedé transtornado. Me había hecho comprender que me debía detener sobretodo en el Génesis y en el Apocalipsis, el primero y el último de los Libros Sagrados.

He obedecido y he empezado así a leer la Biblia con espíritu nuevo, partiendo de un principio básico: Dios es Amor. Si este Libro lo ha escrito Él, debe encerrar el misterio de Su Amor, ¡contra todas las apariencias! He hecho así el descubrimiento más entusiasmante que se pueda hacer en el mundo del espíritu: episodio tras episodio me he convencido y me voy convenciendo cada vez más de que Dios es mi Papá, “rico en misericordia”. Todos los otros atributos no me dicen nada. Me basta saber que es “Papá”, y que es “mío”. Pero es un descubrimiento muy bello porque puedo tenerlo solo para mí, porque es Papá de todos los hombres, también de aquellos que ni siquiera saben de Su existencia. Y a todos y a cada uno quisiera gritar: “¡Sé feliz! ¡Dios es tu Papá! Puede resolver todos tus problemas. ¡Quiere ayudarte, quiere salvarte! ¡Ve con Él, no tengas miedo!”

Me esfuerzo por hacerlo, pero noto que sale sólo un balbuceo; no es fácil traducir en palabras una certeza interior.

Me he detenido en las páginas más “catastróficas”: sacados del Paraíso, diluvio universal, Sodoma y Gomorra... Sobre todo en estas últimas páginas, que se presentan como el ejemplo más terrible de la “justicia” de Dios, he encontrado en su lugar, la llave de

Su ternura y de Su misericordia que más allá del mal, involucrando también a Lot, el sobrino de Abrahán, en el intento extremo de salvar aquel mundo depravado. Reconectemos lo ya escrito sobre Abrahán para hacer después algunas reflexiones sobre su sobrino Lot, que cuando se separa del tío se estableció en Sodoma:

“Marchó, pues Abrahán, como se lo había dicho Yahvé, y con él marchó Lot... Ya la tierra no les permitía vivir juntos, porque su hacienda se había multiplicado, de modo que no podían vivir juntos. Solía haber riñas entre los pastores de Abrahán y los de Lot... Dijo, pues, Abrahán a Lot: “Que no haya disputas entre nosotros... No hace falta que sigas a mi lado. Si tomas por la izquierda, yo iré por la derecha...” Lot alzó la vista y contempló la vega del Jordán, toda ella de regadío – era antes de destruir Yahvé Sodoma y Gomorra – parecida al jardín de Yahvé, como Egipto cuando se llega a Zoar. Eligió pues, Lot para sí toda la vega del Jordán... Abrahán se estableció en Canaán y Lot en las ciudades de la vega donde plantó sus tiendas hasta Sodoma. Los habitantes de Sodoma eran muy malos y pecadores contra Yahvé.” (Gen 12-13)

Abrahán inicia su grande aventura de espíritu, en un trabajoso peregrinar durante el cual se mostrará valeroso y combatiente; se convertirá en padre de Ismael; establecerá la grande alianza con Dios y recibirá la promesa de su hijo Isaac...; Lot atraído por lo inmediato y de fácil bienestar, pasará de la vida nómada a aquella más cómoda y sentaría, estableciéndose dentro de los muros de Sodoma. Reencontremos a Abrahán y a Lot en el momento de la grande purificación, enlazados en el grande proyecto de Misericordia del Padre que busca su apoyo para salvar lo salvable:

“(Abrahán) Alzó la mirada y vio que había tres individuos parados a su vera.. partieron de allí aquellos hombres en dirección a Sodoma, y Abrahán los acompañó para despedirlos. Dijo entonces Yahvé: “¿Cómo debo ocultar a Abrahán lo que voy a hacer... Dijo pues, Yahvé: “El clamor de Sodoma y de Gomorra es grande; y su pecado gravísimo, Así que voy a bajar personalmente, a ver si lo que han hecho responde en todo al clamor que ha llegado hasta mí, si no, he de saberlo..” Partieron de allí aquellos individuos camino de Sodoma, en tanto que Abrahán permanecía parado delante de Yahvé.”

(Gen 18,2, 16 -22)

En estos tres hombres a los cuales Abrahán se dirige singularmente muchos Padres (no entiendo, en español no se entiende) han visto el anuncio del misterio de la Trinidad, cuya revelación plena estaba reservada al Nuevo Testamento.

Es de notar que, hablando de las tres Personas divinas, la Escritura usa en este caso indiferentemente el término “Señor”, “hombres”, “ángeles”, la sustancia no cambia: es siempre el mismo Amor Trinitario que se inclina con infinita preocupación sobre nosotros para librarnos de las (garras) trampa en las cuales estamos atrapados.

Las tres Personas divinas vienen también a la tierra en uno de los momentos más dramáticos de su historia. Su intento es salvar a los hombres in extremis, y las tres Personas se dividen el trabajo: una inicia el sufrido y fracasado regateo con Abrahán para salvar a todo y a todos; las otras dos se van a Sodoma y Gomorra con la motivación oficial de “bajar a ver” cómo están las cosas, pero en realidad para jugar una última carta de salvación con Lot.

Sabemos como termina la acción del Padre con Abrahán que, “regateando la misericordia”, no se atre-

vió a bajar de diez justos, los cuales no había. Veamos cómo se desarrolla la acción de las otras dos Personas con Lot:

“Los dos ángeles llegaron a Sodoma por la tarde. Lot estaba sentado a la puerta de Sodoma. Al verlos, Lot se levantó a su encuentro y, postrándose rostro en tierra, dijo. “Os ruego, señores que vengáis a la casa de este servidor vuestro. Hacéis noche, os laváis los pies y de madrugada seguiréis vuestro camino”. Ellos contestaron: “No; haremos noche en la plaza.” Pero tanto porfió con ellos, que la fin se hospedaron en su casa. Él les preparó una comida cociendo unos panes cenceños y comieron.”

(Gen. 19, 1-3)

Es interesante subrayar que tanto Abrahán (Gen 18, 2ss) como Lot, para que pueda surgir la acción de Dios, deben superar su propia prueba de un amor vivido en su forma más elemental: la hospitalidad.

Sólo con el amor se puede entrar en comunión con el Amor. Si el corazón del hombre no se abre al Amor que llama, naufraga todo el proyecto de salvación de Dios. Sobrevolemos sobre el duro episodio después de la cena y sobre el intento fallido de involucrar en la

salvación de los yernos y a todo el clan de Lot, y entremos en vivo a la fuga de éstos y de su familia:

*“Al rayar el alba, los ángeles apremiaron a Lot diciendo: “Levántate, toma a tu mujer y a tus dos hijas que se encuentran aquí, no vayas a ser barrido por culpa de la ciudad.” Y como él remoloneaba, los hombres le asieron de la mano lo mismo que a su mujer y a sus dos hijas por compasión de Yahvé hacia él, y, sacándolo, lo dejaron fuera de la ciudad. Mientras los sacaban afuera, dijo uno: “ ¡Escápate, por vida tuya! No mires atrás ni te pares en toda la redonda. Escapa al monte, no vayas a ser barrido.”. Lot les dijo:” “No, por favor, Señor mío. Ya que este servidor tuyo te ha caído en gracia (pues me has hecho el gran favor de dejarme con vida), date cuenta que no puedo escaparme al monte sin riesgo de que me alcance el daño y la muerte. Ahí cerquita está esa ciudad a donde huir. Es una pequeñez. ¡Mira, voy a escaparme allá- ¿verdad que es una pequeñez?- y quedaré con vida!”. Le respondió: **“Bien, te concedo también eso de no arrasar la ciudad que has dicho. Listo, escápate allá, porque no puedo hacer nada hasta que no estrés allí.”** Por eso se llamó aquella ciudad Soar.*

El sol asomaba sobre el horizonte cuando Lot entraba en Soar. Entonces Yahvé hizo llover sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego de parte de Yahvé.”

(Gen 19, 15 – 24).

Lot ha superado la prueba de Amor insistiendo en hospedar a los dos viajeros y defendiéndolos de la furia de los sodomitas. Permite así al Amor tomarlo de la mano a él, a su mujer y a sus hijas y de hacerlos salir de la ciudad. Es casi una “violencia” de Amor que Dios usa para salvar a quien ha permanecido fiel a Él.

Lot comienza a correr, pero es viejo, y pronto está forzado a rendirse:

“No, por favor, Señor mío... que no puedo escaparme al monte... Ahí cerquita está esa ciudad a donde huir - Bien, te concedo también eso de no arrasar la ciudad que has dicho.” Lot entra en Soar e inicia la lluvia de azufre y fuego sobre Sodoma y Gomorra.

Lot, pidiendo refugiarse en Soar, desea sólo su propia seguridad. El Señor, sin embargo queda contento de tener el apelamiento jurídico para salvar a todos los habitantes de Soar: la Misericordia del Padre

está lista para salvar lo salvable aunque sea in extremis, con tal de que alguno le de la posibilidad de entrar en acción.

Debemos reflexionar sobre esta continua y total disponibilidad de Dios a cualquier petición que se le presente de un hijo Suyo; sobre esta voluntad del Amor de Dios que busca siempre un motivo para ab solvern. Y debemos meditar sobre las palabras: *“Listo, escápate allá, porque no puedo hacer nada hasta que no estés allí”*.

¿Por qué no logramos leer, en estos extraños diálogos, la voluntad que Dios tiene de salvar al hombre?

Ha probado con Abrahán, ahora prueba con Lot. Abrahán ha bloqueado la acción de la misericordia: el ha establecido el precio, él ha regateado el precio, él ha parado. Dios no ha parado en el decir sí, sí, sí porque, lo repetimos, no cierra nunca Su corazón al Amor. Ahora juega la última carta con Lot. ¿Qué hubiera pasado si Lot hubiese comenzado a gritar: *“Señor, tengo un calambre en una pierna... tengo un ataque de ciática... por esto, no puedo moverme un paso más... de verdad no puedo...”* y si se hubiera sentado en el suelo? Si Lot, en otras palabras, hubiera hecho un sit-in, negándose al levantarse, ¿qué fin habría tenido

la lluvia de fuego y de azufre? **No hubiera podido descender**, porque él, Lot, no podía ser involucrado: , **escápate allá, porque** (=de otro modo) **no puedo hacer nada...**”

Hoy nosotros estamos en espera de las catástrofes cósmicas: dos tercios de la humanidad deberán morir, y después guerras, terremotos... Todas las cosas que hasta ahora estamos esperando día tras día, como inevitables. Pero ¿por qué no tomamos conciencia de nuestra potente dignidad de hijos de Dios? Nosotros somos más que Abrahán y de Lot, nosotros somos hijos de Dios porque en el Bautismo nos hemos insertado en la familia divina.

¿Por qué no creemos en nuestra potencia de intercesión? Nosotros tenemos el poder de hacer surgir la Misericordia de Dios que es más potente que todos los males y que todos los pecados del mundo. Debemos sólo convencernos que, para realizar este plan de salvación, nuestro Padre tiene necesidad de alguien que **provoque** Su intervención salvífica.

Recorred las calles de Jerusalén...

En otra parte dirigimos un llamado para buscar a alguien que se uniera a nosotros para pedir al Padre nuestra liberación. Diremos que somos suficientes

dos, como mínimo propuesto por Jesús, para tener la certeza de ser escuchados. Pero, en el límite bastó uno sólo:

*“Recorred las calles de Jerusalén,
mirad bien enteraos;
buscad por sus plazas,
a ver si topáis con alguno
que practique la justicia,
que busque la verdad,
y yo la perdonaría
dice el Señor.”* (Jer 5, 1)

Para dar el justo peso a estas expresiones del profeta Jeremías – nacido hacia el año 650 a.C. – sería bueno regresar a su época de trágica decadencia espiritual que preparará la ruina del reino de Judas con la destrucción del templo y las dos deportaciones por obra de Nabucodonosor.

Jeremías vive la dramática historia de su patria, predicando, retando, prediciendo la ruina, advirtiendo en vano a los reyes incapaces, acusado de derrotismo por los militares, perseguido, encarcelado.

Fue enviado *“para extirpar y arrasar, para destruir y derrocar”* (Jer 1, 10) Debe siempre luchar contra los suyos, contra los reyes, los sacerdotes, los

falsos profetas, todo el pueblo; se vuelve *“objeto discutido y debatido por todo el país”* (Jer 15, 10) debiendo predecir sobre todo desventuras.

Viene enviado por Dios en uno de los momentos de mayor degradación espiritual de Israel, como resultado de cuanto él denuncia en el capítulo 5: al mal esencial que es la contaminación de idolatría del culto de Yahvé, Jeremías evidencia el ateísmo práctico y la indocilidad (Jer 3, 12-13); la lujuria más desenfadada (Jer 3, 7,8); la opresión social (Jer 5, 26.29); la depravación de la clase baja y de la clase dirigente (Jer 4, 4-5); de los sacerdotes y de los profetas (Jer 5, 31). Todo está sintetizado en el versículo 30, capítulo 5: *“Algo espantoso y horrendo se ha dado en la tierra”*.

En este contexto de degradación total no nos maravilla que el pobre Jeremías haya sido forzado a usar palabras fuertes y terribles, que lo han hecho pasar a la historia como el profeta “catastrófico” por excelencia.

Sin embargo, es através de Jeremías – justamente en este capítulo 5 en el que son resumidos los “espantosos y horribles” crímenes de la nación – que el Padre da la brecha más amplia de su Misericordia de todo el Antiguo Testamento: *“Recorred las calles de*

Jerusalén... si encuentran un hombre, uno sólo que practique la justicia, que busque la verdad, y yo la perdonaría dice el Señor”.

Si volviera hoy, Jeremías encontraría una situación moral mucho peor respecto a aquella de su tiempo y ampliada a escala mundial, y su predicación tendría un tono más encendido, si fuera posible: *“Nada hay de nuevo bajo el sol”*, dice Qoelet.

Pero a la par de la malicia del hombre avanza la Potencia de la Misericordia del Padre: *“mientras más se obstinen en ofenderme, más Yo me obstinaré en perdonarlos... si encuentro entre ustedes un hombre, uno solo que actúe justamente y que busque mantenerse fiel, ¡yo perdonaré a esta humanidad ingrata!”*

“¡Yo perdonaré a la humanidad ingrata!”

¿Existe hoy sobre la tierra este justo? Sí, es JESÚS.

Es Jesús que se ha hecho “hijo del hombre”, que compendia a todos los hombres y que en cada hombre continúa la redención. Son millones y millones de hombres en los cuales Jesús – el único Justo – vive, ama, sufre continuando la redención. Son entonces millones y millones de “justos” que nosotros, como

sacerdotes, en cada Misa tenemos el poder de presentar cada día al Padre.

En cada Misa presentemos al Padre de la Misericordia los cientos de miles de niños que son consagrados a Él en estos últimos años “por la paz del mundo y por la conversión de los pecadores”, en María, con María, por María, y en los cuales Jesús continúa a decir: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu... mi cuerpo, mi voluntad, por toda la humanidad”;

en cada Misa presentemos al Padre de la Misericordia los millones de niños asesinados por el aborto, en los cuales Jesús continúa inmolándose diciendo “Padre, perdónales, porque no saben qué es lo que hacen”;

en cada Misa presentemos al Padre de la Misericordia los centenares de millones de niños forzados a hacer trabajos inhumanos desde sus primeros años y violentados en miles de formas, en los cuales Jesús continúa viviendo su pasión más terrible;

en cada Misa presentemos al Padre a todos los millones de pobres desesperados y que sufren en el mundo – ¡prácticamente a todos los hombres! – que son constante objeto de Su infinita ternura.

Hermanos míos, estén tranquilos, alégrense. Si lo pedimos, todos nos salvaremos, porque nosotros, hoy

así podemos responder a la petición que el Padre hace por medio de Jeremías:

“Padre de Jesús y Padre mío, Padre nuestro,
 hemos hecho cuanto has pedido,
 hemos recorrido las calles de Jerusalén
 y las plazas de cada ciudad del mundo,
 hemos observado bien
 y nos hemos informado:
 hemos encontrado al hombre del cual hablas,
 el único que actúa justamente
 y que se mantiene fiel a Ti:
 su nombre es Jesús.
 Tu lo conoces bien
 Porque es tu hijo
 Y Tu has querido que se hiciera
 “hijo del hombre”,
 uno de nosotros, nuestro hermano.
 Por Él perdona a Jerusalén
 perdona al mundo:
 porque Tú lo prometiste,
 porque Tú quieres perdonar
 más de lo que nosotros queremos
 ser perdonados.
 Amén.”

Amados hermanos míos, no nos dejemos turbar por nada y por ninguno. Los hombres se agitan, pero Dios los conduce para un bien más grande. Cuando escuchemos sonar los tambores de guerra, veremos que al sonido de las campanas que los Ángeles en cuadrilla tocarán y no nos turbemos por nada; miremos adelante y alabemos (innegiamo) la Victoria de Dios.

No nos dejemos inquietar por nada y por ninguno: vivamos ya nosotros el mundo nuevo: gozo, paz, certeza, Potencia de oración, pero sobre todo confianza en la Misericordia del Padre que es más potente del mal, del pecado y de la muerte.

ÍNDICE

ABRAHAM Y LA “JUSTICIA “ DE DIOS.....	4
SODOMA Y GOMORRA	4
La realidad del mal en Sodoma.....	4
El “clamor” contra Sodoma.....	7
La acción de Dios.....	8
Resumiendo y concluyendo.....	14
EL MAL HOY	16
LOT Y EL AMOR DEL PADRE.....	18
Recorred las calles de Jerusalén.....	27
“¡Yo perdonaré a la humanidad ingrata!”.....	30